

Encerrado, encerrado, ahora estaba encerrado. El túnel le parecía cada vez más pequeño, y creía que en cualquier momento iba a dejar de respirar, porque la tierra de su alrededor se le metería en los pulmones. No, tranquilo, tranquilo, no pienses en ello. Pero era imposible para él no pensar en ello, no podía pensar en otra cosa. Todo lo que lo rodeaba era tierra, mirase a donde mirase era tierra. ¿Por qué se encontraba en aquella situación? No lo sabía. Sí, sí que lo sabía pero no podía acordarse en este momento. Lo único que tenía en su mente era tierra.

¿Cuánto tiempo habría pasado? ¿Horas? ¿Minutos? ¿Días?, no lo podía saber, tenía la muñeca con el reloj, aprisionada contra la espalda, o al menos eso creía. Y le parecía que el tiempo pasaba inexorablemente, aplastándolo, sacándole a cada segundo el aire y la vida. Quería salir de allí en ese instante, levantar su cabeza al aire libre y respirar, estirar sus brazos y sus piernas, pero no podía mover ni un músculo. ¿Por qué estaba en aquella situación!?

Las horas pasaban, el túnel más se le estrechaba. No pienses en ello. No pienses en que la tierra te está sepultando. Desvía el pensamiento, céntrate, trata de averiguar porqué estás enterrado en vida. Qué hiciste para verte así encerrado. Le debía algún dinero a un prestamista, pero el Cobrador del Frac ya no iba a venir hasta la semana siguiente. Hacienda ya hacía varios meses que no lo acosaba. No podía ser dinero, no por dinero no era, no podía ser, a no ser... No, por dinero, por esconderse de acreedores ya no era. Y desde luego ya no era arbitro y le habían dejado de mandar anónimos y amenazas.

Desde que asistía a las clases de canto, le tiraban menos cosas al escenario cuando estaba en pleno concierto con su banda. Atrás habían quedado los días en que volvía a casa apaleado o que lo tenía que escoltar la policía para que no le volvieran a romper el parabrisas de la camioneta. Sí, esas clases habían sido la salvación para él y su grupo y la profesora era una belleza.

Una araña cayó sobre su cabeza y empezó a caminar por su nariz. Gritó y quiso patear pero de nada servía, la araña no se asustaba de un tipo que gritaba como una niña histérica y que

no podía moverse. En una sacudida se lastimó el brazo y del dolor que sentía desistió de moverse o intentar moverse más. La arañita dio un paseo por toda su cara y se asentó cerca de la nariz, agazapada se quedó allí. Él, no podía resistir la sensación de tener un bicho tan cerca de su boca, moviendo sus patas sobre la piel de su cara. Contenía la respiración pero al final volvió a gritar y la araña se metió en su boca. De la impresión de tener aquel ser caminando por su lengua casi se muere, pero al final consiguió escupirla. No vio a dónde fue ni le importó. Momentos antes de meterse en este callejón sin salida no le acariciaba una araña espantosa, le acariciaba su joven y guapa profesora de canto. Recordaba sus suaves manos, recordaba el cálido tacto de sus labios y recordaba en qué pensaba mientras se la estaba llevando a la cama. Pensaba en qué diría su novia si supiera lo que estaba haciendo. Qué pensaría ella, pero ella no pensaría nada porque nunca se lo iba a decir y nunca se iba a enterar. Aunque su novia era muy lista y seguramente se había enterado.

¡Sí! Ese había sido el problema, ella se había enterado y le había ido a pedir una explicación. El miedo a haber sido descubierto hizo que se desmayara. Durante horas tuvo pesadillas ¿Por qué después de tantos años? ¿Por qué le hacía eso? Ella no hacía más que llorar y preguntar. Se despertó sobresaltado cuando su novia empuñaba un cuchillo para clavárselo. ¡Así que había sido eso! Ella se había enterado de todo, habían discutido, ella le había echado de casa llorando y no quiso atenderle más el teléfono. Pobre chica, que daño le había hecho, pero la profesora de canto estaba tan buena que valía la pena destrozarle el corazón a ésta.

Daño, ella siempre le había dicho que si la lastimaba no iba a llorar ni suplicarle, ¡ella iba a vengarse!. Seguramente había contratado a un equipo de matones de elite para venir a darle una paliza. Ellos habían venido a matarlo, aporrearon al puerta y consiguieron entrar, destrozaron el salón de su casa y le cortaron la oreja (eso explicaría el dolor que sentía en su oreja izquierda). Cuando el teléfono de casa se había puesto a sonar, uno de ellos lo había desenganchado de un tirón y quiso asfixiarlo con el cable, pero él había conseguido

escondese en el túnel aunque ahora no podía salir, se había quedado encajado allí. Cuando lo había diseñado no se le había ocurrido que pudiera quedarse atrapado, creyó hacerlo con la medida exacta, pero estaba claro que no era así, que al final su vagancia había vencido a su tesón y lo había calculado más o menos simplemente como para salir del paso. Además ahora empezaba a pensar que no lo había llegado a terminar.

Sin poder moverse y con una araña rondándolo (y quién sabe cuantos bichos más) empezaba a tener hambre. Ya no sabía cuánto tiempo podía hacer que no comía, ya no sabía en qué día vivía, ya no sabía si vivía. Otra vez la desesperación se apoderó de él y gritó y quiso moverse, pidió ayuda pero no consiguió nada, sólo lastimarse más el brazo y rascar su cara hasta salirle sangre. La tierra revuelta le entró en los ojos y le escoció, pero siguió moviéndose un poco más hasta que se le empezó a tapar la nariz con la tierra y ya no se movió más para dedicar todas sus energías a intentar respirar.

Pensaba, las ideas eran lo único que le quedaba y la idea de que su novia quisiera matarlo le disgustó tanto que empezó a llorar, ella no podía haber dejado de quererle, ella no podía querer hacerle daño. Ella siempre lo había dado todo por él, había tenido problemas en casa por defenderlo, siempre había estado de su lado. Había sido quien lo cuidaba y escondía de las masas enfurecidas. Ahora ella no podía querer acabar con su vida, no podía haber reunido el valor suficiente para contratar unos asesinos a sueldo, ¿o sí?. Eso le estaba destrozando, pensar que ella había planeado su muerte y sin motivos. Bueno sólo una pequeña infidelidad que ahora cada vez le parecía menos justificada, aunque la joven profesora valía la pena. ¿Pero cómo se había podido enterar!? No eso no es lógico, ella no se podía haber enterado tan rápido, si recién ayer se había llevado a la muchacha a la cama y su novia había ido a visitar a su abuela al pueblo y no regresaría hasta la semana siguiente, ella no podía haber contratado a nadie tan rápido. Pero él recordaba perfectamente aquellos tipos entrando en su casa y

destrozándolo todo a su paso como en aquella película, pero esto había pasado en realidad ¿o lo había soñado? Ahora ya no estaba seguro, el hambre le hacía desvariar.

Encerrado, atrapado y muerto de hambre, ¿por qué se hallaba en esta situación? Recordaba cuando ella lo había acompañado a hacienda para poder solucionar sus problemas; recordaba cuando ella se había peleado con sus abuelos por defenderlo a él, que se había emborrachado y le había pegado a la pobre vieja, recordaba cuando los seis matones, hombres grandes y fornidos habían entrado a su casa, y aún sentía el golpe en la mandíbula con la barra de hierro y notó la sangre en la comisura del labio, ya se había secado. No le parecía que ella hubiera sido capaz de eso, pero estaba claro que así era, o de otro modo los tres hombres nunca hubieran entrado a su casa y él no hubiera recurrido a ese escondite y ahora no se encontraría atrapado allí, apretado como una sardina en una lata entre la tierra y...la tierra. Otra vez la tierra, se le metía en los ojos y por cada poro de su piel, ahogándolo.

Había decidido que su novia era la culpable de que él se encontrase en aquella situación y ahora iba a tener que pagar por ello. Él había tenido un desliz pero eso no la acreditaba a ella para ponerle un par de matones, ¿un par u ocho tipos? Ya no lo sabía, se entremezclaban sus recuerdos, sus pensamientos y los ruidos de sus tripas gritando por un poco de comida, ¿cuánto tiempo llevaría allí metido sin probar bocado? Y ¿cuánto tardarían en su casa en echarlo de menos? Seguramente su hermana ya habría llegado del trabajo pero no sabía hacía cuanto tiempo, a lo mejor ya estaba buscándolo. Sí seguro, seguro que ya habría movilizado a medio barrio porque él hacía horas que había desaparecido. Sus tripas le recordaban todo el rato que hacía demasiado tiempo que estaba allí encerrado y que ya era hora de cenar. Ahora la araña esa que se le había metido en la boca ya no le daba tanto asco, lo que hace el hambre, pensó. Se desmayó otra vez y soñó con su novia y con la guapa profesora de canto, con un plato de lentejas y se despertó cuando oyó un ruido como de voces.

Por fin, pensó, alguien venía a buscarlo, se agitó y gritó pero lo único que consiguió fue que más tierra le cayera en la cabeza. Paró porque pensó que de nada servía enterrarse más e intentó escuchar a ver si le habían oído a él. Pero nada. Se quedó meditando un rato, sus recuerdos se agolpaban en su mente, los hombres que irrumpían en su casa, la profesora de canto, las patatas que había comido mirando la película de gánsters en el salón de su casa segundos antes de que entraran los matones, momentos de su vida con su novia. Momentos importantes de su vida con su novia, muchos momentos, pero lo que intentó recordar y no consiguió, lo que se esforzó por recordar y no consiguió, fue cómo se conocieron ni tampoco recordaba como habían empezado a salir juntos. Que extraño, pensó, pero supuso que sería por el hambre. El hambre que lo acechaba y atormentaba. Otra vez intentó zafarse de su prisión y gritó y gritó pero solamente consiguió un nuevo alud. Un pequeño gusanito se movía cerca de su enterrada cara y haciendo un esfuerzo alargó la lengua y se llevó el gusano a la boca y lo masticó y tragó pensando que era cualquier cosa a excepción de lo que realmente era. No se había recuperado de su terrible experiencia cuando otro gusanito caminó cerca de su ojo derecho. Uno es suficiente pensó, ya está bien, no tardarán en encontrarme y podré comer de verdad, pero ¿cuánto tiempo más iban a tardar?, ¿cuándo había entrado a ese túnel? ¿y cómo había entrado allí? Eso tampoco lo recordaba. Esperó a que el gusanito estuviera a tiro y también se lo comió. Al revolver tanto la tierra empezaron a salir más y más gusanitos. Comió gusanos, tantos como pudo sin tener en cuenta lo que eran, sin pensarlo.

Gusanos, gusanos, todo estaba lleno de gusanos, le caían en la cabeza y sentía cómo se metían en sus zapatos (al menos ahora sentía sus pies, había llegado a tener la sensación de que no tenía pies ya). Gusanos por todas partes, gusanos y más gusanos que ¡se lo iban a comer! Esos malditos gusanos se estaban vengando por lo que él le había hecho a sus compañeros, o no. De pronto se dio cuenta que no estaba en un túnel, sino en un ataúd, ¡en su ataúd! Aquello era

su ataúd, ahora se daba cuenta, ya no volvería a correr, ni a cantar ni a ver a su novia nunca más. Gritó y pataleó pero a los gusanos no les importó y así se quedó quieto y dejó de respirar.

_Eh, hola. ¿y tu hermano?

_En casa, yo lo dejé ahí hace 20 minutos cuando me fui a hacer unas compras, ¿por qué? ¿no está?

_No, nosotros vinimos a buscarlo para ir al concierto, habíamos quedado aquí y lo estoy llamando y llamando hace como 15 minutos y no contesta.

_Habrá ido a dar una vuelta, ya sabes como es. Se habrá ido a dar una vuelta y se habrá olvidado de que vencíais.

_No, no se puede haber olvidado porque hace meses que tenemos las entradas y hablamos ayer. Habrá ido a saludar a la novia que estaba enfadada creo.

_¿Qué novia?

_La novia..., la novia que tiene. No sé como se llama pero bueno, es la novia la misma de siempre

_Pero si no tiene novia que está todo el día pegado al ordenador.

_...Me dejas de piedra. Si él...bueno, pues no sé. ¡Si siempre está hablando de ella!

_Pues no, a no ser que la tenga a escondidas.

_No que él dijo que ya había cenado con vosotros...bueno, pues no sé. No sé dónde puede estar...Porque además cuando llegamos, vimos a alguien dentro y golpeamos la puerta y como no contestaba lo llamé por teléfono al móvil pero de repente dio fuera de cobertura. Entonces lo llamé a casa y oímos como sonaba el teléfono pero también lo dejamos de oír sonar.

_Le habrá pasado algo.¡Le habrá pasado algo! Ayudadme, vamos a buscarlo, por favor ayudadme. Puede estar en cualquier lado y sin su medicación. Por favor, por Dios.

_Sí, sí, nosotros te ayudamos. A ver si lo encontramos. Espero que no haya salido otra vez a perseguir fantasmas por el vecindario como solía...

Pero no lo encontraron, el joven se encontraba encerrado en el armario del sótano. Seguía encerrado en el pequeño armario (sin gota de la tierra que parecía ahogarlo, lo más parecido era el polvo de no haber limpiado el armario en años).

Allí estaba el muchacho, acuclillado, abrazado a sí mismo e inerte.